

BILBAO, TURBIO REGAZO DE MI NIÑEZ

José Carlos Fernández Rozas

Bilbao fue el turbio regazo de su niñez. Un Bilbao republicano en el que un niño de la República comenzó a modelar una fuerte personalidad en un marco peculiar: una familia cristiana ajena a la izquierda obrera activa y a la cultura socialista radical y una escuela pública donde la conciencia social que irradiaba contrastaba con el nacionalismo clerical que se impartía a los sectores vinculados a la aristocracia de Neguri. Si la rotunda división de clases y las marcadas diferencias sociales de la época conducían inexorablemente a tomar una posición, el entorno infantil del niño Laso le situó en una zona intermedia que más tarde le obligaría a tomar partido y a colocarse en la única perspectiva adecuada: la perspectiva de una conciencia filosófica políticamente implantada. De su precocidad en la escuela queda escasa memoria histórica. Se sabe a ciencia cierta que aprendió a leer y a efectuar las operaciones aritméticas más elementales a los cinco años. Sus compañeros lo recuerdan retraído y más amigo de la lectura en los recreos que del frontón en la pared del destartalado edificio donde comenzó una tarea de formación intelectual que no abandonaría nunca al hilo de la máxima “nada humano me es ajeno”. Respetuoso con los profesores y continuamente inquieto por adueñarse de un mundo ignoto siempre estuvo muy próximo a ellos aunque nadie le pudo acusar de compadreo. Ante un castigo ejemplar que quiso imponer el maestro a la totalidad de la clase por la ruptura de un tintero con pluma de ave que tenía en su mesa Laso, sabedor del culpable, se colocó al lado de sus compañeros y no sólo sufrió estoicamente el castigo, sino que lideró un movimiento opositor, lo que constituyó su primer resistencia ante la opresión. Tampoco queda mucha memoria histórica de su transformación de niño de la República a niño de la Guerra. Queda constancia, sin embargo, que en un rincón de la salita de estar de la casa paterna, en la calle del General Concha muy próxima a unos baños públicos, sobre una estantería de castaño, había un aparato de radio de la clase de los “superheterodinos” que sonaba preñado de interferencias; en un momento dado Radio Bilbao interrumpió la interpretación de una pieza de música clásica para difundir una noticia de alcance: “se ha sublevado el Ejército de África. El gobierno de la República domina completamente la situación”. El niño Laso intentó sin éxito sintonizar otras emisoras, pero era demasiado temprano para que tan rudimentario receptor pudiese captar la onda corta. Al fin llegaron a la casa algunos familiares y amigos con grandes gestos de entusiasmo: “El levantamiento ha fracasado”. Pocos días después se formaban ante el edificio del Ayuntamiento largas colas de voluntarios que se alistaban.



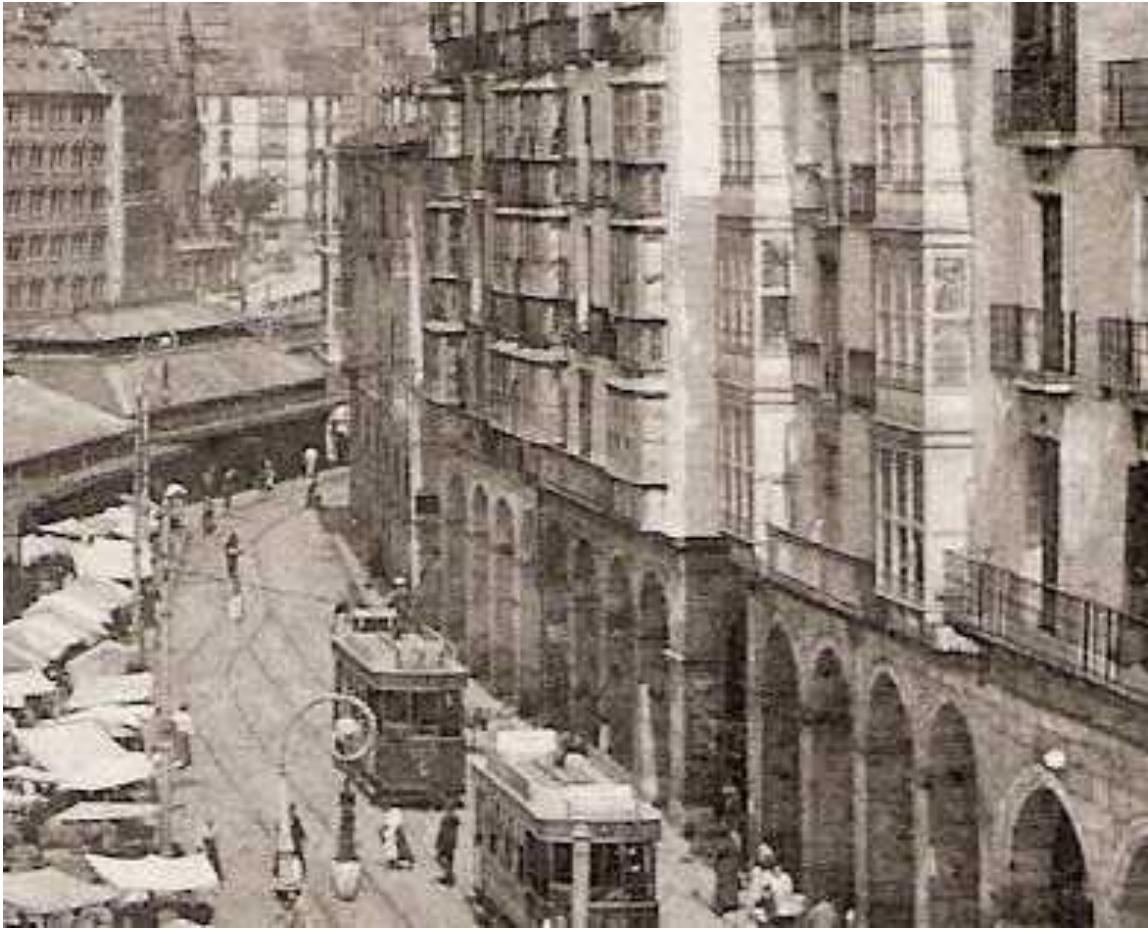
Un año más tarde, rodeado Bilbao por las tropas franquistas, la defección de los gudaris y la más voluntarista que eficaz colaboración bélica de los mineros asturianos, que acudieron con generosa solidaridad a reforzar lo que nunca fue en cinturón de hierro, un Laso, que a la sazón contaba con la edad de Guillermo Brown (aunque éste nunca fue un héroe de su niñez y nunca conoció la conversión al bolchevismo de Jameson Jameson), se trasladó con muchos niños vascos a la vecina Francia. Una muy usada maleta de cartón contenía la ropa que primorosamente le había colocado su madre. Pese a su costumbre, apenas fue capaz de hablar durante el viaje; mas la tristeza por el alejamiento familiar pronto cedió ante las nuevas emociones que ofrecía lo desconocido. Con una habilidad poco común para los idiomas y un desprecio loable hacia la pronunciación correcta, lo que luego le permitiría adentrarse en otras muchas lenguas bárbaras pues la comunicación rápida con las personas y con las nuevas culturas han sido siempre esenciales para él, al margen de absurdas sutilezas, destacó otra vez en la nueva escuela auspiciada por el Frente Popular galo. El ansia de noticias que se apoderó en aquél precoz exilado le seguiría toda su vida. Las informaciones de la prensa y de la radio que procedían de España enriquecían su mapa de la guerra, donde diariamente colocaba los correspondientes alfileres. La tristeza que produjo en aquellos niños el desmoronamiento del frente del Norte pronto quedó superado por la ofensiva del Ebro; mas fue una alegría pasajera. Cada día aparecían en el entorno más refugiados procedentes del Pirineo leridano que volvían a adentrarse en España por el puente de Beobia con una vocación obsesiva por vestir el mono obrero y una llamativa boina encarnada. Uno de esos grupos procedía de los montes de Rialp que, en conmemoración del arcángel protector de los viajeros, serían bautizados más tarde como “la cabaña de san Rafael” y su destino era Pamplona y, posteriormente, la capital de la Cruzada. Durante un paseo a la salida de la escuela el inquieto y observador niño pudo comprobar que entre sus componentes

destacaba un hombre joven y de aspecto atildado, en contraste con sus compañeros; lejos estaba de sospechar que aquél día de finales de 1937 concluía un viaje de iniciación que sería venerado por algunos años más tarde.



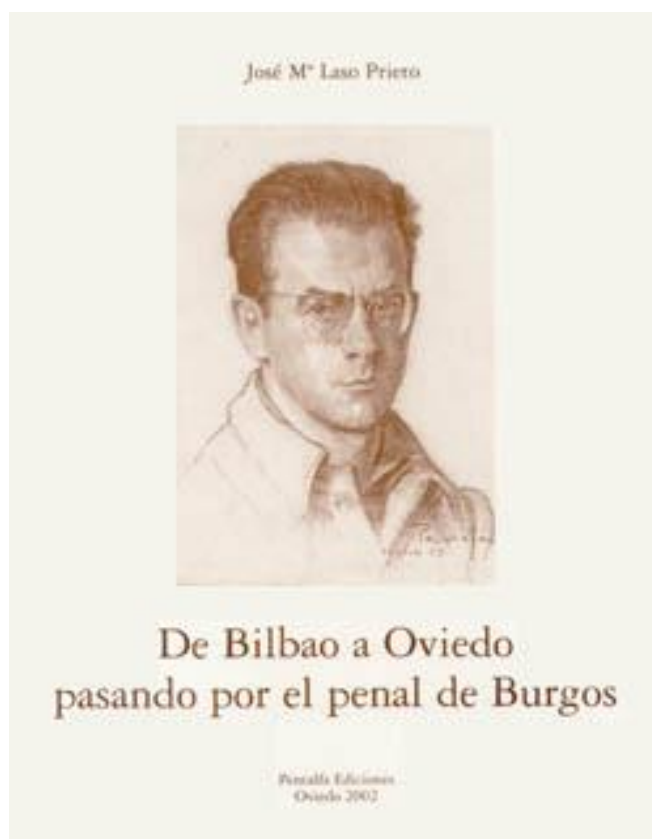
Y tras la derrota el retorno a Bilbao. Un Bilbao muy distinto al que había dejado. Un Bilbao húmedo de llanto y ahumado de curas. Si limitado fue el nacionalismo vasco en la República, su comportamiento en los primeros años del franquismo fue patético. Muchos años tendrían que pasar para que el alcalde de la época, reconvertido ahora en demócrata, fuera invitado por Tribuna Ciudadana y soltado cual Daniel a los leones a la voracidad de un Laso que jamás ha conocido el rencor como jamás ha tenido oído para la música; en cualquier caso, las fuertes sevicias inherentes a dos apretadas jornadas en compañía del protagonista de nuestra historia jamás redimieron al Conde de Motrico. Pues bien, en aquél Bilbao franquista, con tantas festividades y faustos patrióticos organizados por los vencedores y masivamente respaldados por la burguesía que, al silbato y posterior orden del municipal (¡Col... gaduras!, ¡Con.... crespones!) engalanaba las fachadas de sus casas, hubo Laso de abandonar la escuela y comenzar a trabajar, pues el peculio familiar tras la guerra había quedado muy mermado y era menester alimentar a cinco hijos; ello obligó a papá Laso, representante de comercio, a contar con el concurso de su primogénito. Los años del hambre no eran los mejores para el desempeño de esta honorable profesión, pero nuestro héroe la ejerció con notable éxito a partir de las cualidades oratorias que iba adquiriendo y que más tarde serían preciosas en su vida de revolucionario. Peor que el hambre física era la espiritual y la carencia de horizontes. La radio nocturna y la prensa germanófila suministraban al Laso adolescente material precioso para confeccionar un nuevo mapa de la guerra mundial y para acuñar sus primeros héroes en el frente occidental: siempre fue un gran admirador del genio organizador bélico de Churchill. Pero estos pronto dejaron paso a los surgidos de la “Gran Guerra Patria”. La derrota y humillación del ejército alemán en Stalingrado convirtió en escaramuza victoria británica en el Alamein y las hazañas de los mariscales Malinovski, Rokossovski y Zhukov serían objeto de la fascinación en aquella época de quien años más tarde sería un experto en el

difícil arte de von Clausewitz y creador de una de las mejores bibliotecas privadas sobre la Segunda Guerra Mundial. Mendezona (acaso el único mortal capaz de competir con Laso en incontinencia verbal) desde Radio Pireanaica y más tarde desde Radio España Independiente y la siempre grandiosa o imponente “Radio Moscú” conformaron en aquél observador absolutamente parcial una sólida base: la militar políticamente implantada. Una formación republicana, una conciencia social y una guerra contra el fascismo no podían conducir a otra opción ideológica: el comunismo. Y Laso abrazó la causa con un entusiasmo y el fervor dignos de cualquier neófito. Pero estos sentimientos pequeñoburgueses hubieran sucumbido de no ser por la racionalidad de nuestro héroe. El desmoronamiento de las fuerzas de izquierda era total. La Ley de Responsabilidades Políticas estaba en su máximo apogeo, lo mismo que sus Tribunales. Eran estos paritarios y tripartitos y se componían de representantes del Ejército, de la Magistratura y de la Falange Española Tradicionalista de las JONS y su labor profiláctica encontró en el País Vasco terreno abonado. No eran tiempos para entablar contactos o para solicitar bibliografía. Todo era muy difícil pero acontecimientos como la invasión del Valle de Arán o la heroica resistencia de los maquis asturianos confluyeron con las primeras protestas sociales en la España franquista. La mayoría de edad legal (de la época) encontró a un Laso involucrado en la primera manifestación antifranquista que se registró en la España Nacional: la huelga de la Naval. Poco se conoce de su proceso de formación en esta etapa, pues a la insuficiencia de fuentes directas de conocimiento había que añadir un intenso trabajo como representante de comercio a bordo de una furgoneta con un vistoso rótulo de “Productos Fu-Man-Chú”. Mas la militancia partidista en aquél núcleo de entusiastas seguidores de una bautizada como “Isidora” (paradojas de la Historia), que aún no respondía a las siglas de EPK, estaba ya consumada. Por ello, pese a ser coetáneo de la denominada generación del 56, de origen nítidamente madrileño y universitario Laso no puede insertarse en este movimiento. La praxis precedió en este caso a la teoría.



La “política de reconciliación nacional” encuentra un Bilbao sumido en un profundo proceso de cambio. El franquismo no quiso o no pudo dismantelar la potencia industrial de la villa del Nervión y el fin de los años cincuenta la ría ofrece un entorno sugestivo para la inmigración interior y su margen izquierdo cambia absolutamente de fisonomía. Baracaldo, Santurce, Portugalete, Retuerto, San Salvador del Valle... son una larga lista de pueblos que van a integrar una extraordinaria megalópolis industrial. A ella acuden cientos de miles de trabajadores peninsulares que van impulsar un nuevo modelo de movimiento obrero y nuevas formas de asentamiento urbano como consecuencia de la ausencia de viviendas: el pupilaje. Un ambiente social que nadie describiera mejor que María Janniot en su obra “Otra tarjeta verde”. Cinco o seis familias se hacinaban en un pequeño piso de alquiler con una rígida patrona que controlaba los horarios de cocina y de baño: por eso los bares proliferaban y con ello el alcoholismo y la marginación: era el caldo de cultivo adecuado para aplicar las directrices políticas adecuadas a un cambio sustancial de la sociedad, pero las consignas que venían de París estaban más pendientes de otros acontecimientos desaprovechando una oportunidad preciosa. Es la época de Federico Sánchez, con todas sus grandezas y sus miserias, es decir, la de la Huelga Nacional Pacífica; solo que en Vizcaya los militantes huyen del infantilismo izquierdista madrileño que tanto dio que hacer a la Dirección del Partido (“Intelectuales: ¡Cabeza de chorlito!”). En este contexto, las posibilidades de un joven representante de comercio, miembro activo de la organización eran ilimitadas. La furgoneta no solo lleva comestibles, sino la verdadera doctrina contenida en los clandestinos “Mundo obrero” y “Nuestra Bandera”. Y las conversaciones en los chigres, con el chiquito en la mano, el marco adecuado para los primeros titubeos de propagandistas. Pero en el venerado círculo

de países socialistas surgen problemas que sólo una sutileza y una formación del nuevo funcionario orgánico puede explicar a un mundo militante crédulo y dispuesto a justificar cualquier pequeño desliz, como el ocurrido en Hungría, en aras de acabar con el franquismo. Se necesita alguien que conforte en la lucha con la única doctrina adecuada y el representante-intelectual, que ya utiliza unas gafas de concha redondas de gruesos cristales, lo consigue ampliando ganando adeptos a la causa sin acudir al proselitismo sectario. Y así llega la primera caída, la tortura, la cárcel y, ¡enorme sarcasmo de la vida!, la fase de formación integral.



Burgos fue el destino último de un largo y dramático camino. La angustia de la familia católica que tiene en su seno un revolucionario comunista; el claro partido materno hacia la opción adoptada por un hijo bueno y honrado pese a tan ancestrales como firmes convicciones religiosas; las estancias en siniestras Comisarías; las torturas morales y físicas (en plena Semana Santa bilbaína con mercedarios de gafas oscuras y bigote de peluquería custodiando el paso de El Cristo); la obsesión por no delatar a los camaradas y a comportarse dignamente, fueron sentimientos que obsesionaron muchos meses a un Laso. Y una tortura mucho mayor, la de observar con motivo de los traslados de la cárcel a la Comisaría o a los Juzgados, a la gente paseando en plena primavera, sentada bajo las parras del Puente Nuevo o dirigiéndose a San Mamés, ajena absolutamente a su causa y a su lucha. En su memoria estaba grabado el instante de máxima tortura a la que fue sometido aquél famoso patriota checo por los secuaces de Heydrich, pues había caído en sus manos el folleto de su testimonio, y era plena plenamente consciente de que esos momentos eran mucho más duros que las sesiones ante aquél verdugo con una inmensa mancha morada en su cara y que no olvidará mientras viva. Con todo llegó el final del

principio. Una instrucción ante el temido Tribunal de Represión de la Masonería y del Comunismo presidido por el tristemente célebre coronel Eimar. El interminable sumario al que fue sometido y su decidida defensa, que partió de una clara ruptura con el régimen franquista rechazando cualquier convivencia con el mismo, le alentó por segunda vez su clara vocación por ser abogado (la primera, obviamente, se la produjo la lectura de la biografía de San Bladimiro). Más adelante tendría ocasión de volver locos a jueces y magistrados (señaladamente al bonachón Juez Campuzano) con los recursos contencioso-electorales que protagonizó en nombre del Partido en la España democrática. En cualquier caso, la impronta adquirida ante el siniestro Tribunal y su vehemencia para defender causas justas siempre le acompañarían. Incluso las esgrimiría, no mucho más tarde, dentro de un Partido anquilosado en su estructura democrática. El propio Laso reconoce que pese a la dilatada e injusta condena a la que fue sometido, Eimar hubo de trabajar muchas horas extras. La instrucción de la causa le permitió sin embargo conocer la estructura penitenciaria madrileña y coincidir entre rejas con el famoso asesino de la época Jarabo, cuya facha de “caballero español” le acompañaría hasta su destino en el garrote, el cual fue complicado pues su dilatado cuello dio mucho que hacer al verdugo.



El traslado al Penal de Burgos fue dramático. Un compañero de furgón también víctima de Eimar blasfemaba sistemáticamente no tanto por la pena desmesurada a la que había sido sometido y que, no obstante, tenía asumida, cuanto por haber sido condenado por comunista pese a su anarquismo militante. Ni siquiera el funcionario del juzgado accedió a su ruego de que en el estampillado de la sentencia se eliminase, siquiera fuese fortuitamente, el nombre “comunismo”: otra manifestación más de la crueldad del burócrata. Laso le confortaba en vano con claras referencias al Frente Popular y a la unidad de la clase obrera mientras su compañero replicaba con vehemencia y obcecación

aludiendo a ciertos acontecimientos acaecidos en a la Telefónica de Barcelona. Por fin apareció el tétrico edificio del penal burgalés y las interminables horas de las filaciones y de los registros y de los aterradores sonidos de las puertas que se van cerrando; la gélida ducha de bienvenida; el humillante mono y las alpargatas de presidiario...; mas todo lo malo tiene un final y las miserias y las mortificaciones dieron paso a la cálida acogida de los compañeros de barracón y de los viejos camaradas: “¿Cuantos te han echado?”... “¡Bah!, no pasarás del verano. La caída del franquismo es inminente”.



Los años, al margen de los bisiestos, son cronológicamente idénticos. Pero los transcurridos en el penal poseen dos características singulares: que son inmensamente más largos y que no se contabilizan en la vida de quien los padece. Con todo, y pese a no entrar en el cómputo, fueron años fecundos. Es difícil discernir sin embargo durante este periodo la realidad de la leyenda. La épica carcelaria suele jugar malas pasadas y puede afectar al relato de esta verídica historia. En Burgos Laso forjó amistades imperecederas y algunas enemistadas, fruto fundamentalmente de la envidia. Antonio Jiménez Pericás fue su gran *partenaire* y ambos hicieron una sociedad de mutua protección que se mantendría con el paso de los años. De origen valenciano, el actual magistrado de la Audiencia de San Sebastián “Perikás” era la antítesis de Laso: bohemio, impulsivo, vehemente y poeta. Su carácter arrollador y generoso le había llevado a engrosar las filas del Partido desde su actividad jurídica en la organización sindical franquista y siempre fue un militante conflictivo aunque de lealtad acrisolada. Su fama con las mujeres le precedía y las historias que narraba al respecto contaba con una audiencia tan expectante como numerosa que provocaba una envidia nada sana por parte de algunos compañeros. Uno de ellos, que llegaría a desempeñar muchos años después responsabilidades ministeriales, porfiaba con una raída foto de su mujer, embutida en un casto traje de baño, que mostraba con tanta frecuencia que recibió el apodo de “la Catedral”. Pero Laso se encargaba de poner orden a la frivolidad, esgrimiendo la ética carcelaria comunista que

tanto perturbaría, años más tarde a Ramón Cotarelo. La ventaja del penal es que nadie se puede zafar y las reuniones políticas, con todo el aparato burocrático de la época, eran interminables. Incluso, no se suspendían en las horas de disfrute de las provisiones que mandaban de casa en gruesos paquetes concienzudamente registrados y previamente diseccionadas por el hábil estilete del funcionario responsable, lo cual producía una confusión de sabores que acabaría para siempre con las posibilidades de *gourmet* de nuestro héroe (virtud que, al igual que la música, nunca le adornaría). Laso que desde muy joven adquirió la rara virtud de comer (y en grandes cantidades) y de hablar al mismo tiempo, adoptó una posición peculiar para colocar su plato de latón, siempre repleto (pues los compañeros se lo rellenaban mientras hablaba) con una inverosímil flexión de la pierna izquierda. Queda constancia de esa figura de raro equilibrio en un grabado con que le obsequió un compañero recluso; se trata de un trabajo torpe pero representativo del preso político español de finales de los cincuenta y de la necesidad de no perder la memoria histórica con tanta pizarra de Suresnes. Es muy extensa la lista de compañeros que adquirieron bajo la autoridad moral de Laso una formación filosófica políticamente implantada a lo largo de estos años, pero no es necesaria para nuestros fines pues, pese a los importantes derroteros que muchos de ellos siguieron, ninguno superó en estos menesteres al tiránico director de los debates. Y eso que la célula carcelaria contaba con émulos de Molotov verdaderamente notables con posesión de variados atributos: la agresividad, sobre todo tras el consumo del vino procedente del economato, de Pericás, las interminables disquisiciones de Agustín Ibarrola; la ortodoxia sibilina de Jaime Ballesteros, que ya vislumbraba su posterior vinculación libia, o planteamientos preñados de dogmática staliniana de la troika integrada por Ramón Ormazabal, Pere Ardiaca y Miguel Núñez. La relación de Laso con estos representantes de la línea más dura del Partido queda dentro de las sombras que todo ser humano tiene derecho a no revelar y por tanto la omitimos pudorosamente.

Los años en Burgos registraron acontecimientos importantes para España, para el Partido y para el propio Laso. El advenimiento de la tecnocracia tan vinculada al joven que se había encontrado en Francia procedente de los montes de Rialp y el Concilio Vaticano II impregnaron nuevos aires que se unieron a las brisas del contubernio de Munich. Mama Laso cuyo amor filial le llevó a militar en activas movilizaciones a favor de la amnistía de los presos políticos, mostraba en sus cartas su desconcierto profundo hacia las peligrosas veleidades de aquella Iglesia capitaneada por Juan XXIII: ella era decididamente preconiliar, aunque su hijo sabía muy bien que tal actitud era más bien pretridentina. Madrid, no era el único escenario del Partido en la época, por mucho que se esfuere Gregorio Morán; con todo la vil ejecución de Julián Grimau conmovió los cimientos del penal; Laso siempre a la vanguardia de las reivindicaciones de protesta, en tanto que fueran debatidas y aprobadas por los cauces orgánicos, llegó a vencer su resistencia natural a la huelga de hambre y tuvo un comportamiento ejemplar en la protesta, junto a sus compañeros. Más sin duda el momento más dramático lo vivió en marzo de 1959 al conocer la muerte de su padre y la precariedad en la que su familia había caído. Papa Laso se había esforzado por contemplar todo a través de un prisma alegre; gustaba de la chanza inteligente y cortés; pero detrás de aquel nacionalista vasco pequeñoburgués se escondía una moral estoica, una vasta cultura y una intensa experiencia de la vida. Su hijo disfrutó escasamente de estas cualidades paternas, pero su vida quedaría marcada por su impronta y lloró amargamente su muerte, como mucho más tarde lloraría la de su madre que fue desde entonces la única autoridad, junto con la del Partido, que respetó y a la que se sometió humildemente. Todo tenía un tono muy

dramático y la única resistencia seria, lo único verdaderamente revolucionario era aprovechar el tiempo con una formación intensiva en todos los campos de saber. Y así, mientras su madre se mantenía a duras penas con el producto de un pequeño kiosco de periódicos situado en la plaza de Indauchu, muy próxima a la primera Sala de Fiestas abierta tras el franquismo, el “Capri”, donde retozaba la burguesía desarrollista al igual que en las güisquerías de la calle Ledesma, se formaba una sólida personalidad del nuevo intelectual orgánico. En idiomas pronto superó con creces las de un Papa postconciliar, aunque las condiciones no eran las más adecuados para perfeccionar el acento; cuando tuvo la gran alegría de visitar la Unión Soviética y comprobar el “Despertar de Siberia”, los naturales que tuvieron la fortuna de toparse con él se sorprendían por su fuerte acento georgiano que, en ningún caso, tenía origen en la profunda lectura de las obras de San José. Pero su dedicación profunda al estudio del marxismo consumió las horas que pasó en la Biblioteca del Penal, a la que milagrosamente fue destinado y que convirtió en su refugio.

Puede sorprender al profano que una prisión franquista contara con materiales, numerosos y preciosos, para una educación marxista profunda. Por suerte la ignorancia de los funcionarios vestidos con el ridículo uniforme verde botella, que salpicaba al vanidoso maestro del Penal (secreto admirador de aquél bibliotecario embutido en un mono repleto de gruesos jerseys de lana) y que por su físico recibía el apodo de “Pajalarga”, permitía la introducción de obras cuyo título fuera aséptico o cuyo contenido fuera incomprensible para aquéllos que emulaban una profesión que un futuro Premio Nóbel había ejercido antes con notable aprovechamiento: el incidente que más tarde tuvo este singular personaje con nuestro héroe queda, sin embargo, para un relato posterior. Además estaba la “técnica del bocadillo”, consistente en introducir, merced a la destreza de habilidosos encuadernadores, trozos de libros prohibidos, en obras intrascendentes. De esa suerte la pobre y rancia biblioteca gestionada por el organismo penitenciario se enriquecía con obras preciosas que eran devoradas ansiosamente por un estudioso aplicado y tenaz que, por culpa del contexto, tuvo que huir de la necesaria sistemática en la investigación. Esta bibliografía combinaba los clásicos (San Carlos, San Bladimiro, San Federico...), con nuevas aportaciones procedentes de Italia, singularmente las de Umberto Cerroni y las de los “tres Titanes” del eurocomunismo con Antonio Gramsci a la cabeza.



Como el propio Laso mantiene, en determinadas ocasiones “los acontecimientos se desarrollan con gran celeridad”. Todo, hasta lo malo, tiene un final y Bilbao recibió a un intelectual orgánico con deseos de aplicar a la praxis una doctrina que tuviera la virtud de deshelar los congelados conceptos del pasado y que se orientase a una reorganización adaptada a las nuevas necesidades. Pocos años después quiso el destino que la firma comercial a la que Laso se reintegró, productora y distribuidora de un excelente chocolate, quisiera abrir una delegación en Oviedo. Pero eso es otra historia. Una historia de gran belleza que pertenece por derecho propio a los asturianos y que aún falta mucho para que concluya y pueda narrarse.

*(Homenaje a Jose María Laso Prieto, Oviedo,
Tribuna Ciudadana, 1998, pp. 23-29)*

